Seix Barral

Martha Batalha

La vida invisible de Eurídice Gusmão

Seix Barral Biblioteca Formentor

Martha Batalha
La vida invisible de Eurídice Gusmão

Traducción del portugués por
Rosa Martínez-Alfaro

Título original: *A vida invisível de Eurídice Gusmão*

© Martha Batalha, 2016
© por la traducción, Rosa Martínez-Alfaro, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: febrero de 2017
ISBN: 978-84-322-3185-8
Depósito legal: B. 280-2017
Composición: Àtona – Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de la imagen que ilustra esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Cuando Eurídice Gusmão se casó con Antenor Campelo, la añoranza que sentía de su hermana se había disipado. Ya era capaz de sonreír cuando escuchaba algo gracioso y podía leer dos páginas seguidas de un libro sin levantar la cabeza para pensar dónde estaría Guida en ese momento. Es verdad que seguía buscándola, escrutando por la calle los rostros femeninos, y una vez estuvo segura de haber visto a Guida en un tranvía rumbo a Vila Isabel. Después, ese convencimiento pasó, como todos los otros que había tenido hasta entonces.

Por qué Eurídice y Antenor se casaron nadie lo sabe con exactitud. Unos creen que la boda se consumó porque José Salviano y Manuel da Costa ya estaban comprometidos. Otros señalan la enfermedad de la tía de Antenor como responsable de la unión,

ya que ahora no podía lavar la ropa del sobrino con el jabón especial de lavanda o prepararle la sopa de arroz con pollo con trozos transparentes de cebolla, porque aunque a Nonô le gustaba el sabor de la cebolla, detestaba su textura; un único trozo camuflado entre las alubias era capaz de provocarle náuseas y eructos una tarde entera a base de Alka-Seltzer. Hay quien piensa, incluso, que Eurídice y Antenor se enamoraron de verdad y que esa pasión duró los tres minutos de un baile lento en una fiesta de máscaras del Clube Naval.

La cuestión es que se casaron, con la iglesia abarrotada y un convite en casa de la novia. Doscientos buñuelos de bacalao, dos cajas de cerveza y una botella de champán para el brindis en el momento del pastel. Un vecino profesor de violín se ofreció para tocar en la fiesta. Las sillas se pusieron contra la pared para que las parejas bailaran un vals.

En la fiesta no había muchas chicas porque Eurídice no tenía amigas. Había dos tías no muy ancianas, una vecina no muy vistosa, otra no muy simpática. La joven más guapa estaba en la imagen del único portarretratos del salón.

—¿Quién es la chica de la foto? —preguntó un amigo del novio.

Antenor le dio un codazo al amigo para decirle que aquello no eran maneras. El muchacho se avergonzó, miró a los lados, al vaso que llevaba en la

mano. Dejó la cerveza en la mesa y se fue a la otra punta de la sala.

Fue una ceremonia sencilla, seguida de una fiesta sencilla y de una luna de miel complicada. La sábana no se manchó y Antenor se indignó.

—¿Con quién has estado?

—No he estado con nadie.

—¡Ah! Claro que sí, mujer.

—No, no es verdad.

—No me vengas con excusas, sabes perfectamente qué deberíamos haber visto aquí.

—Sí, lo sé, mi hermana me lo explicó.

—Golfa. Me he casado con una golfa.

—No me digas eso, Antenor.

—Te lo digo y te lo repito. Golfa, golfa, golfa.

Sola en la cama, el cuerpo escondido bajo la manta, Eurídice lloraba con sigilo por los *golfa* que había oído, por los *golfa* que toda la calle oyó. Y porque le había dolido, primero, entre las piernas y, después, en el corazón.

Durante las semanas siguientes, la situación se calmó y Antenor pensó que no tenía por qué repudiar a su mujer. Sabía hacer desaparecer los trozos de cebolla, lavaba y planchaba muy bien, hablaba poco y tenía un trasero bonito. Además, el incidente de la noche de bodas le sirvió para mostrarse aún más altivo, de modo que debía inclinar la cabeza para dirigirse a su esposa. Desde abajo, Eurídice aceptaba.

Siempre había creído que no valía mucho. Nadie vale mucho cuando tiene que decirle al empleado del censo que en la casilla «profesión» escriba las palabras *sus labores.*

Cecília vino al mundo nueve meses y dos días después de la boda. Era una recién nacida risueña y rechoncha, recibida con alegría por la familia, que repetía: «¡Qué guapa es!».

Afonso vino al mundo al año siguiente. Era un recién nacido risueño y rechoncho, recibido con alegría por la familia, que repetía: «¡Es un varón!».

Responsable al cien por cien del aumento del núcleo familiar en menos de dos años, Eurídice decidió que había llegado el momento de jubilarse de la parte física de sus deberes conyugales. Intentó explicar la decisión a Antenor mediante las indisposiciones que empezó a tener en las horas sueltas de las mañanas de sábado y en los momentos oscuros, después de las nueve de la noche. Con todo, Antenor no entendía de mírame y no me toques. Era un hombre de hábitos y rutinas, como la de acercarse al camisón de su mujer y hundir la nariz en la suavidad de su pecho níveo. Eurídice, entonces, se hizo oír de otra manera. Engordó muchos kilos, tantos que hablaban por sí solos y proclamaban que Antenor se alejase.

Se resarcía del desayuno en el almuerzo de las diez, de la comida en la merienda de las cuatro y de la cena en el resopón de las nueve. Los intervalos los

rellenaba con las sobras de las papillas y probando la comida para saber si tenía mucha o poca sal, mucho o poco azúcar, mucho o poco sabor. A Eurídice le crecieron tres papadas. Sus ojos se achicaron y su pelo resultaba insuficiente para enmarcar tantas facciones. Cuando consideró que estaba en el punto, que era el momento de hacer que el marido no se le acercase nunca más, adoptó hábitos más saludables de alimentación. Hacía dieta los lunes por la mañana y entre comidas.

El peso de Eurídice se estabilizó, así como la rutina de la familia Gusmão Campelo. Antenor se marchaba al trabajo, los hijos, al colegio, y Eurídice se quedaba en casa, moliendo carne y remoliendo los pensamientos estériles que hacían de la suya una vida infeliz. No trabajaba y ya había acabado la escuela, ¿en qué podía ocupar las horas del día después de hacer las camas, regar las plantas, barrer el salón, lavar la ropa, condimentar las alubias, rehogar el arroz, preparar el suflé y freír los bistecs?

Porque Eurídice, que lo sepáis, era una mujer brillante. Si le hubieran dado cálculos elaborados, habría proyectado puentes. Si le hubieran dado un laboratorio, habría inventado vacunas. Si le hubieran dado páginas en blanco, habría escrito clásicos. Pero lo que le daban eran calzoncillos sucios que Eurídice lavaba muy rápido y muy bien para, después, sentarse en el sofá, mirarse las uñas y pensar en qué debería pensar.

Y así fue como llegó a la conclusión de que no debería pensar. Que para no pensar debería mantenerse ocupada todas las horas del día y que la única actividad doméstica que le ofrecía tal beneficio era la que presentaba el don de ser prácticamente infinita en sus demandas diarias: la cocina. Eurídice jamás sería ingeniera, nunca pondría los pies en un laboratorio y no osaría escribir versos, pero esta mujer decidió dedicarse a la única actividad permitida que contenía un cierto toque de ingeniería, ciencia y poesía.

Todas las mañanas, después de despertarse, preparar, alimentar y librarse del marido y los hijos, Eurídice abría el libro de recetas de la tía Palmira. El pato a la naranja se le presentaba como la cena ideal, siempre que tuviese que ir a comprar el ánade y que en casa no hubiese naranjas. Se ponía el vestido de salir e iba a la pollería a escoger un pato saludable. También aprovechaba para elegir un pollo, porque el pato debería pasar la noche macerando en vino y especias haciendo que la cena del día continuase siendo un desafío y, caramba, ella necesitaba retos. El pato tenía que ser joven y gordo, el pollo debía tener la cresta roja y la pechuga carnosa. Del mercado, Eurídice se llevaría las naranjas para el día siguiente, el coco para el bizcocho de maíz, las ciruelas para el relleno del rosbif y la docena de plátanos que alimentaría a Afonso y Cecília después de que apartaran el plato y dijeran: «Esto no me gusta».

De vuelta en casa agarraría al pollo y al pato por las patas, les cortaría el cuello y se entregaría a otras tareas mientras la sangre de los animales escurriese en el cubo. El pato y el pollo serían escaldados dos minutos, desplumados con el cuerpo aún tibio, los plumones socarrados con la llama de un papel pasada por la superficie. Tripas y mollejas, hígado y corazón se extraían por un diminuto corte en la barriga para poder asar el ave entera o por un gran corte asestado en mitad del cuerpo, si es que el plato se iba a servir troceado.

Y estaban las guarniciones. Las patatas nunca eran sólo fritas, sino fritas enteras y rellenas de queso y jamón. Cocidas y gratinadas con crema de leche, cortadas a rodajas y en *rösti* suizo. El arroz dejó de ser blanco para recibir pasas, guisantes y zanahorias, salsa de tomate, leche de coco o cualquier otro ingrediente que la tía Palmira sugiriese en sus recetas. Cuando a Eurídice le sobraba un poco de tiempo, lo invertía en postres. Flan de coco con almíbar de ciruela, cascada de huevos nevados, cocada con crema de queso. Eurídice cocinaba hasta que colmaba todas las bandejas y cualquier espacio libre de la mesa de la despensa.

La familia no reconocía las proezas culinarias de la joven. Afonso y Cecília pasaban por un momento de «Oda al macarrón» y Antenor no era un hombre sensible a una lubina con salsa de alcaparras. «Dame

tallarines», decían los niños, «Dame un buen bistec», decía Antenor, y Eurídice regresaba a la cocina a calentar el agua de los tallarines y prometiendo a Antenor un *filet mignon* sin champiñones. Después de una o dos noches de comida sencilla, Eurídice volvía a las recetas del libro y todo el mundo tenía que fingir que comía guisado de menudillos, langostinos servidos en calabaza y arroz con marisco.

Cuando hubo probado todas las recetas, Eurídice pensó que había llegado el momento de crear sus propios platos. La tía Palmira sabía muchas cosas, pero no lo sabía todo, y Eurídice sospechaba que la mandioca con leche podría acompañar la carne seca, que el dulce de guayaba quedaría bien con el pollo a la milanesa y que a la harina de mandioca se le podía añadir una pizca de algo llamado curri que nadie conocía. Un jueves por la mañana se puso el vestido de salir y fue a la papelería de la esquina.

—Buenos días, doña Eurídice.

—Buenos días, señor Antônio.

—¿Quiere algo en especial?

—Un cuaderno grande y pautado.

El señor Antônio señaló una pila de cuadernos de tapa dura y negra de la estantería. Eurídice se entretenía en la elección, el señor Antônio se entretenía en Eurídice. Quizá por haber pasado la infancia durmiendo entre las generosas carnes de la negra Chica de Jesús, responsable de criar a Antônio y a sus her-

manos mientras la madre frecuentaba los mejores saraos de Río de Janeiro, le gustasen tanto las abundancias de Eurídice. También le gustaban sus ojos, su nariz respingona, sus manos pequeñas, la medalla que llevaba en el pecho, sus tobillos rollizos y cualquier parte que mirase.

Eurídice se demoró en la pila. Aquél sería el cuaderno de sus recetas, tenía que escoger el mejor de entre todos los cuadernos pautados. Hojeó uno, encontró una hoja arrugada y lo devolvió a la pila. Cogió otro, vio una manchita en la tapa y lo descartó. Examinó un tercero y no le vio defectos. Iba a entregar el elegido a Tinoco, el mulato que trabajaba desde siempre en la papelería, cuando el señor Antônio se adelantó para ocuparse de su clienta. Conversaron sobre el tiempo mientras Eurídice esperaba el cambio. Se marchó sin imaginar que sus comentarios sobre la lluvia serían el punto álgido de la semana para aquel hombre.

En el camino de vuelta, Eurídice canturreaba, feliz. Dejó de cantar y su felicidad menguó cuando oyó: «¡Buenos días, vecina!».

Era Zélia, la vecina de la casa de al lado. Zélia era una mujer de muchas frustraciones. La mayor de todas era la de no ser el Espíritu Santo para verlo y saberlo todo. Y la verdad es que Zélia tenía más de Lobo Malo que de Espíritu Santo porque tenía unos ojos grandes para ver mejor, unas orejas grandes

para oír mejor y una boca enorme con la que distribuía las principales noticias del barrio entre los vecinos. Zélia también tenía un pescuezo de tortuga que surgía de dentro del cuello de la camisa siempre que alguien de su interés pasaba por delante de su casa. Aquella mujer era más rara que un ornitorrinco, y un bicho como ése no causaba más extrañeza porque Zélia era sólo una entre tantas mujeres de la misma calaña que habitaban en aquel tiempo y lugar.

—Completando el material escolar de los niños, ¿no?

Eurídice se llevó el paquete al pecho con un ademán dudoso incluso para ella. No sabía si estaba protegiéndose el pecho o el paquete.

—Buenos días, vecina. Es... Es un cuaderno para anotar los gastos de casa.

Al día siguiente, todas las mujeres de la calle lamentaban el hecho de que Eurídice y Antenor estuviesen pasando por dificultades económicas. «¡No me extraña!», decía Zélia. Eurídice no tenía límite en sus compras en la tienda de ultramarinos, y ¿cómo podía ir tantas veces a Casa Pedro en busca de especias? ¡Y qué olores salían de aquella cocina! Olores exóticos en nada parecidos a las alubias con arroz de las demás casas. Aquel desmadre tenía que acabar.

Incapaz de ser el Espíritu Santo, Zélia se contentó con una función menor y se autoproclamó profeta. Sus observaciones generaban pronósticos precisos

que tenían como característica común el hecho de ser sombríos, porque Zélia podía ser peor que Dios en el Antiguo Testamento. «Esa mujer va a llevar al marido a la bancarrota», decretó, con el mentón levantado.

Zélia no se había convertido en un simulacro de ornitorrinco así de la noche a la mañana —esas cosas de la evolución llevan su tiempo—. La transformación empezó en la infancia, cuando lo que tocaba que fuera un don se convirtió en un pesar. De su padre había heredado el gusto por las noticias; de su madre, la vida circunscrita al hogar. Del mundo obtuvo disgustos; del destino, la falta de oportunidades. Así se formó la esencia de la chismosa.

Quien ve los ojos duros de esa mujer no puede creer que un día fueron capaces de mirar sin malicia. Quien ve su sonrisa de mofa no imagina que un día sólo fue sonrisa. Y es que Zélia era así de pequeña: sólo sonrisas y mirada bondadosa. Los pocos años en que fue feliz consideraba que la vida era tan increíble que protestaba cuando había que descansar, negándose a dormir. «Puedo oír los grillos, puedo adivinar los ruidos de la casa, puedo pensar en qué hacer por la mañana, en los juegos de la tarde», se decía a sí misma con los ojos abiertos en la oscuridad. Pero el cansancio siempre encontraba la manera

de engatusarla, porque en algún momento de la madrugada el sueño la vencía. Pronto descubriría que la habían engañado y sería la primera en despertarse por las mañanas.

Zélia se levantaba cantando, comía sonriendo y caminaba trotando. Inventaba bailes, repartía besos y se reía a carcajadas porque sí. Todo le parecía divertido: encontrar chinas entre los granos de alubias, doblar la ropa seca del tendedero, descubrir telarañas en el techo y barrer los rincones del salón.

Las vecinas condenaban los arrebatos de la niña: «Le hace falta una buena tunda». Pero su madre desoía los consejos. «Un día descubrirá que la vida no es tan feliz, pero ese día no tiene que ser hoy», decía nostálgica al reconocer en los trotes de su hija los que ella había dado tantos años atrás.

El sábado era para Zélia el más genial de todos los días geniales. Era cuando veía a su padre por primera vez en la semana. Álvaro Staffa era reportero de día y bohemio de noche. Cuando llegaba a casa, sus hijos ya estaban durmiendo; cuando despertaba, ya se habían ido al colegio. Cumplía con los deberes paternos los fines de semana, cuando tenía que entretener a los niños mientras su mujer preparaba la comida. El italiano se rascaba la cabeza, miraba apocado a sus hijos y se preparaba para hacer lo único que sabía hacer aparte de escribir y beber, que era hablar sobre lo que había escrito y lo que podría escribir. Se colo-

caba a Zélia en una pierna y a Armandinho en la otra, sentaba a Francisca a un lado, ponía a Zezinho al otro, decía a Carlinhos, Julieta y Alice que se sentasen a lo indio en el suelo, cerraba la puerta de la habitación para no despertar al benjamín y contaba a los hijos sus aventuras de reportero. Un día había estado en el Copacabana Palace, junto a las candidatas a miss; otro en Niterói, viendo los estragos causados por un incendio. Contaba la comida a la que había asistido en la confitería Paschoal en homenaje al presidente, la polémica por la expulsión de los chatarreros con sus carretillas de las calles del centro. La placa de oro que Santos Dummont había recibido de los amigos y la fiesta de Bom Jesus do Monte. Los decretos firmados por el Ministerio de Fomento, el fuego que calcinó un quiosco en la avenida do Mangue y la encarcelación de ese músico ciego que tocaba en la rua Direita y tenía gemelos que criar. ¡Un disparate aquella detención, que no demostraba otra cosa sino la crueldad de la policía!

Era la única hora de la semana en la que la casa de Rio Comprido estaba tranquila. Aparte de la voz grave de Álvaro, el único ruido existente era el de la olla a presión.

Hasta que la profecía de la madre de Zélia se cumplió. La niña pasó por dos tragedias vitales que le hicieron dejar de trotar. La primera fue la muerte del padre. La segunda, el descubrimiento de su fealdad.

Álvaro Staffa encontró su vocación como reportero a los quince años. En aquella época ya era un hombre hecho y derecho, formado y requeteformado en las calles de Río de Janeiro. A los ocho años había llegado de Italia con sus padres, a los nueve se quedó huérfano. Cómo aprendió portugués, cómo empezó a leer y a escribir, cómo no se murió de hambre, de peste o de un navajazo son misterios que sólo explican los destinos que nacen trazados. Vendió caramelos en el barco de Niterói y billetes en una parada de tranvía. Lustró zapatos, limpió ventanas y repartió periódicos. Se ganaba el sustento desempeñando pequeños trabajos en la calle y prestando favores a un respetado señor de chaqué que una vez a la semana se lo llevaba a la habitación de un hotel en el barrio de Lapa y le pedía que caminase desnudo por la espalda cantándole *O sole mio.*

Antes de los trece años ya lo habían detenido nueve veces. Sabía manejar la navaja y era un temido luchador de capoeira. Considerando que había vivido demasiado y que ya era hora de establecerse, trazó para sí un «plan de carrera» que consistía en intentar promocionarse en el lugar en el que trabajaba. De repartidor de periódicos pasó a ordenanza de redacción. Un progreso increíble. Era la primera vez que trabajaba bajo techo.

El ascenso había llegado en el momento adecuado. Hacía unos meses que había sido dispensado de sus servicios como cantante desnudo por pesar demasiado para caminar por la espalda del señor de chaqué. ¡Y de qué privilegios gozaba ahora! Pues disponía de mesa propia y, cuando no tenía tareas que cumplir, podía pasarse la tarde entera sentado en compañía de un libro.

La buena vida terminó el invierno de 1918, cuando la ciudad registró los primeros casos de gripe española. Al principio se trataba de un caso aquí y otro allá. Una semana después eran muchos casos aquí y muchos más allá.

A mediados de octubre, más de la mitad de la población de Río de Janeiro estaba enferma. Un miércoles por la mañana sólo Álvaro, el editor del periódico, Camerino Rocha, y el tipógrafo aparecieron en la redacción. Camerino miró al muchacho sentado a la mesa, le preguntó si sabía escribir y lo mandó a la calle con un lápiz y un bloc de notas.

Álvaro se pasó tres horas caminando por la ciudad. Vio hombres agonizando y vomitando sangre y niños conversando con sus madres muertas. Enfermos delirantes expulsados de sus casas. Profetas de largas barbas anunciando el fin del mundo. Oyó los estertores previos a la muerte procedentes de las ventanas cerradas y contó los cientos de cuerpos en las calles, en vano: cuando acababa el recuento, aparecía

otro difunto o la carreta del ayuntamiento para recoger los cuerpos y, en cuanto se iba, ya había otros cuantos más en los umbrales de las puertas esperando la hora que llega después de la hora de la muerte, que era la de competir por un espacio en una de las fosas comunes de la ciudad, abiertas día tras día.

Durante las semanas siguientes ésta sería su rutina: llegar a la redacción, coger un lápiz y un bloc de notas, salir a registrar la tragedia y volver con más historias de las necesarias para cerrar la edición. Él parecía inmune a la enfermedad; en el cuerpo, no se sabe por qué. En el alma, por haber visto a su familia morir víctima de la fiebre amarilla.

Cuando los reporteros que sobrevivieron a la gripe regresaron a la redacción, se encontraron a Álvaro frente a una de las máquinas de escribir. A excepción de los fines de semana y del día de Navidad, al muchacho se le vio siempre en el mismo sitio y durante muchas horas hasta el día de su muerte.

¿Y por qué murió Álvaro? Hay dos versiones. La primera es que empezó a tener mucha sed, lo que le hizo reconsiderar sus prioridades. Para el Álvaro Staffa de antes de casarse, el corte de pelo, las fiestas de cumpleaños, lo que había comido por la mañana no eran sino detalles irrelevantes que sucedían en el intervalo de lo que realmente importaba: escribir, hablar sobre lo que había escrito, beber para hablar mejor de lo que había escrito y sobre lo que podría es-

cribir. Para el Álvaro Staffa de después —el que tenía mucha sed—, las prioridades eran beber para soportar el matrimonio, beber antes y después de cortarse el pelo, ir a las fiestas de cumpleaños para beber y hablar embriagado de lo que había escrito. Ahora, las historias que contaba a sus hijos se quedaban a medias. El destino de las cuatro víctimas del terrible accidente de autobús en la rua Dias da Cruz quedaba suspendido entre las cabezadas que Álvaro Staffa daba. De nada servía que lo llamara su primogénito, de nada servía que lo sacudiera Zélia. Álvaro empezaba una historia, daba unas cabezadas, intentaba abrir los ojos, pero renunciaba, y no había manera de descubrir quién más había muerto aparte de un profesor de latín.

Empezó a llegar a la redacción con resaca. Oía las reprimendas de Camerino y, para sobreponerse, empezó a esnifar cocaína. De la pura, alemana, venida directamente de los laboratorios Merck, comprada en el mercado negro que operaba en la cuesta del hotel Glória.

La consecuencia principal del cambio de Álvaro se sintió en la despensa de casa. Hasta entonces había presentado un modelo regular de logística: se llenaba a principios de mes y se vaciaba al final. Sin embargo, después de que Álvaro se echara a perder pasó a ser siempre una despensa de fin de mes. Sólo albergaba un puñado de harina, unos restos de azúcar, unas po-

cas alubias, una cebolla solitaria; un plátano que no se sabía cómo había logrado sobrevivir al hambre de aquellos niños y que se iba poniendo cada vez más oscuro, mientras los integrantes de la familia se preguntaban si la miseria sería tan grande como para comerse una fruta así, medio podrida.

Álvaro Staffa murió de cirrosis a los treinta y cinco años. Los amigos que creían en esta versión de su muerte lamentaron durante el velatorio los devastadores vicios que siegan los talentos de este Brasil.

También hay una segunda versión. Y es que Álvaro, ese muchacho hecho de la nada, esa vara que había nacido recta, que torció la vida y enderezó el matrimonio, seguía teniendo cierta propensión al desvío. A Álvaro le gustaba la calle y la gente de la calle. De vez en cuando se enamoraba de alguna mulata —siempre le apetecían las mulatas—. Después se desenamoraba y la vida seguía.

Ésas eran las intenciones del joven cuando un martes de Carnaval conoció a una odalisca desfilando en la comparsa carnavalesca Tira o Dedo do Pudim. Sus dientes eran tan claros como el blanco de sus ojos, aunque el blanco de los ojos no se le viera: Rosa bailaba con los ojos cerrados y una sonrisa sincera, moviendo las caderas de forma inédita para Álvaro. Aquéllas eran unas caderas con personalidad. Eran firmes y duras y fuertes e irresistibles.

Álvaro necesitó tres meses para comprobar los

atributos de aquellas caderas, cosa que hizo en el cuarto de una pensión alquilado por Rosa. La pareja se pasaba tardes enteras intercambiando fluidos y promesas de amor, Rosa pidiéndole susurros en italiano y Álvaro pidiéndole que desfilara desnuda. La muchacha se entregó por entero a aquella pasión. Álvaro entregó su pene por entero a aquella pasión.

Hasta que llegó el momento en que Álvaro sacó el pene y los susurros en italiano de la habitación de la pensión. Su mujer ya había salido del puerperio y él tendría otras formas de aliviarse en casa. Se despidió de Rosa como quien se despide de un tío abuelo, sabiendo que nunca más la vería y sin que ello le importara.

Rosa no soportó el abandono. Rompió jarrones, se rasgó la ropa y hasta caviló en estricnina. Adelgazó tanto que, además de a Álvaro, también perdió las caderas. Ganó ojeras, el pelo revuelto y el despido del trabajo como camarera en una de las tascas de la rua Direita.

Y todo habría quedado así, con la tal mulata Rosa tragándose la bilis que sube cuando el primer amor se va, si no hubiese sido la hija del *babalaô* Oluô Teté, uno de los hechiceros más respetados de Río de Janeiro. Los políticos más importantes del país frecuentaban su local de culto en Vila da Penha. Delante de su puerta paraban carruajes que llegaban de Botafogo, de los que bajaban señoras con la cara ta-

pada por sombreros y protegida por abanicos. Oluô Teté sabía resucitar enfermos y arengar en lenguas muertas. Sabía hablar con los espíritus, levitar y traer la lluvia o el sol.

Al ver el estado de su hija, Oluô hizo lo que cualquier padre haría: apretar los puños y desear que el italiano se fuese al quinto infierno. En su caso era fácil cumplir el deseo, pues tenía acceso directo a las fuentes. Oluô mandó matar una vaca y le pidió a Rosa que trajera la ropa de cama que había compartido con Álvaro. Envolvió a su hija con las sábanas manchadas de sangre y rezó, o maldijo, en una lengua desconocida. Los tambores del cerro Cariri no pararon de sonar durante todo el fin de semana.

El lunes por la mañana, Álvaro empezó a beber.

Era tanto el odio de Rosa y tan fuerte la magia del padre, que las maldiciones contra Álvaro se extendieron a todo el mundo engendrado por su semen, perjudicando la vida de sus ocho hijos y de dieciséis niños mulatos de la zona norte de Río de Janeiro.

João murió el mismo mes que su padre. Vio la cama vacía de Álvaro, se tendió con el cuerpo encogido y lloró durante tres días seguidos hasta que la tristeza lo consumió. Francisca enfermó dos semanas después. El médico dijo que era polio y que no volvería a caminar.

A la viuda y a los hijos no les gusta recordar aquellos meses de penuria. Se sabe que Carlos, de trece

años, se convirtió en el hombre de la casa y que la desaparición de los perezosos del parque Campo de Santana sucedió en la misma época en que la familia descubría el gusto por las carnes exóticas.

Justo después, un pariente que vivía en Bangu los anexionó —en aquella época las familias eran un poco como esos ejercicios de incluir y estar incluido que se hacen en matemáticas—. Era una casa de cinco habitaciones y un cuarto de baño, con un Jesucristo que protegía la fachada y gallinas y mangos en el patio. El núcleo familiar de Zélia ganó una habitación y la última posición en la cola del cuarto de baño.

Cuando Zélia fue a vivir con los tíos todavía conservaba el cuaderno de tapa azul que le había regalado su padre en los tiempos de poca sed. «Es para que escribas lo que piensas del mundo», le había dicho. Los bracitos de Zélia rodearon el cuello de Álvaro, que agradeció cerrando los ojos la familia que Dios le había dado. La prosa entrecortada de las primeras páginas evolucionó a párrafos elaborados, escritos en los meses de sufrimiento. Ése era el único consuelo de Zélia. El que guardaba debajo del colchón y que sus primos descubrieron, del que declamaron entre carcajadas algunos pasajes antes de cenar y que le causó problemas a la madre, que defendió a la hija atacando a los sobrinos a correazos y que a continuación fue atacada por el hermano. A fin de cuentas, ¿quién era ella, sino la que vivía de favor?